

Identidad, cultura y política.
Perspectivas conceptuales, miradas empíricas
Cali: Programa Editorial de la Universidad del Valle, 2010
ISBN: 978-958-670-756-5. 321 Páginas.

Reseñado por: Luis Carlos Castillo Gómez¹
Universidad del Valle

El contenido del libro

El Programa Editorial de la Universidad del Valle acaba de editar el libro *Identidad, cultura y política: perspectivas conceptuales, miradas empíricas*, de los coeditores Gabriela Castellanos, Delfín Grueso y Mariángela Rodríguez.

El libro se origina en la iniciativa de abrir un doctorado en la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle. Esta decisión permite la conformación de un grupo de profesores que discute sobre la identidad, la diversidad, el multiculturalismo y el reconocimiento, problemas en los que se centraría la primera cohorte. En este colectivo se analiza, desde la Lingüística, la Literatura, la Sociología, la Antropología, la Historia y la Psicología, el tema de la identidad; se estudian varios de los autores que sirvieron de base para la escritura del libro: Charles Taylor, Will Kymlicka, Nancy Fraser, Judith Butler y John Rawls, entre otros.

El libro se estructura en 12 capítulos. Los autores son una pléyade de intelectuales de reconocida trayectoria en América Latina, como Jesús Martín Barbero, con sus investigaciones sobre el campo de las comunicaciones y la construcción de las identidades nacionales; León Olivé, con sus aportes al multiculturalismo, desde una perspectiva latinoamericana; Gabriela Castellanos, una estudiosa del feminismo y de la lingüística; Delfín Grueso, con sus análisis sobre la justicia y el reconocimiento, inspirado en la obra de John Rawls, entre otros.

A lo largo del libro, se presentan las principales reflexiones contemporáneas de los estudios literarios y de género, de la filosofía, la sociología, la lingüística,

la antropología, la psicología y la historia, sobre las identidades colectivas y sus diferentes tipos: de género, sexual, racial, étnica, nacional, política, cultural y religiosa. Es una reflexión multidisciplinar, sobre una categoría que ha devenido central y omnipresente en las Ciencias Sociales y Humanas contemporáneas. Aunque el texto tiene un hilo conductor, sus capítulos son muy diversos, tanto en las temáticas tratadas, como en su complejidad y abstracción.

Las ciencias sociales y humanas en Colombia cuentan hoy con un libro necesario, porque se han realizado múltiples estudios sobre las identidades colectivas, sobre todo las étnicas, raciales, de género y nacional. Sin embargo, éstos han tenido un sesgo empírico, y menos una reflexión teórica. Esta carencia, la suple este trabajo, que es una fuente de lectura relevante para quienes desean conocer cómo ha sido tratado el tema de la identidad, en la filosofía y en las ciencias sociales occidentales.

El libro inicia con una introducción escrita por Gabriela Castellanos, Delfín Grueso y Mariángela Rodríguez, en la que se presenta un esbozo histórico y filosófico sobre la categoría de identidad en la cultura occidental. Con la aproximación inicial de Parménides y Aristóteles, que partían del principio de que todas las cosas tienen una identidad, porque son iguales a sí mismas y diferentes de otras, lo cual parecía una verdad incontrastable, el pensamiento contemporáneo la deconstruye y desencializa. Lo que antes era evidente, hoy ya no lo es. Los autores plantean que la idea del sujeto cartesiano, es decir, racional, centrado, sin contradicciones, va cediendo

¹ Profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle. Phd. en Sociología. Miembro del grupo de investigación sobre Migración, urbanización e identidad de las poblaciones afrocolombianas.

el paso a una idea del sujeto como construcción intersubjetiva. El principio de que las identidades son relacionales se convierte en un *leitmotiv*, en la filosofía y en las ciencias sociales. Otro giro que se presenta, es lo que se conoce, según Stuart Hall (1992), como la crisis de la identidad y la construcción de las identidades colectivas.

La filosofía y las ciencias sociales vienen hablando de colectivos identitarios hace mucho tiempo. Recuérdese el concepto de pueblo (*Volk*), en Herder y Hegel; o el más antiguo de linaje, o el *ethnos* de los griegos; el de grupo étnico y raza, en Weber; el de nación, en Renán, o el de clase, en Marx, para mencionar algunos. Sin embargo, es después de la segunda mitad del siglo XX cuando se inaugura una perspectiva que hace referencia a la identidad colectiva, pero desde grupos subalternos que, en algunos escenarios, usan las identidades para participar del juego político y establecer desafíos al orden establecido, como fue el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos, durante la década de los sesenta.

Los autores concluyen esta presentación con una reflexión contemporánea sobre la manera como la globalización, con sus procesos de «desterritorialización», el incremento de las migraciones y el paso del fordismo a la acumulación flexible, impacta sobre las identidades, mediante la acentuación de la diferencia y la homogeneización en el terreno cultural, entre otros aspectos.

Por su parte, Gilberto Giménez, en el capítulo titulado, *La cultura como identidad y la identidad como cultura*, se refiere a las dimensiones centrales de la identidad y la cultura. Parte de reconocer aspectos que identidad y cultura son lugares comunes, en la Sociología, en la Antropología y en los estudios de área. Afirma que hay una íntima relación entre cultura e identidad, que ésta no se puede comprender, sin referencia a la cultura; por lo tanto, que identidad y cultura son inseparables. Para entender este complejo de relaciones, define la cultura como expresión simbólica. De esta manera, apoyándose en *La interpretación de las culturas*, de Clifford Geertz, la define como pautas de significado. Éstas no constituyen un mundo aparte, sino que son una dimensión inherente a toda práctica. Sin embargo, el

autor clarifica que no todos los significados pueden llamarse culturales, sino aquellos que son compartidos y duraderos. Los significados culturales se objetivan, en forma de artefactos o comportamientos observables, también llamados formas culturales. Por ejemplo, obras de arte, ritos, danzas. Por otra parte, se interiorizan en forma de *habitus*, de esquemas cognitivos o de representación. Al primer caso, Bourdieu le llama simbolismo objetivado; al segundo, las formas interiorizadas o incorporadas de la cultura, que se transforman en *habitus*.

El autor define la relación entre cultura e identidad, a partir del planteamiento de que las identidades se construyen mediante la apropiación, por parte de los actores sociales, de los repertorios culturales que son considerados como diferenciadores. Por ello, se puede definir la identidad, como la cultura interiorizada.

El concepto de identidad se ha convertido en una categoría que se ha extendido, desde los años ochenta. El autor señala que éste se vuelve necesario en las Ciencias Sociales, porque es muy difícil comprender múltiples fenómenos, sin referirnos a la identidad; sobre todo, el problema de la acción social y la interacción, en sentido weberiano. Otra hipótesis que se plantea es que la identidad se relaciona con la teoría de los actores sociales; por ello, no es una casualidad que los estudios modernos sobre la identidad hayan surgido en las conceptualizaciones de la acción, en Sociología. De allí, que defina un conjunto de características de los actores, compartidos, en general, por la Ciencia Política, la Sociología y la teoría de los movimientos sociales y la acción colectiva. El autor concluye su capítulo, con una reflexión sobre el multiculturalismo, reconociéndolo como un concepto descriptivo, normativo y político, y aceptando el planteamiento de Will Kymlicka, de que, en la situación actual, con raras excepciones, todos los Estado-Naciones son multiculturales.

Eduardo Restrepo, en el segundo capítulo, *Identidad: apuntes teóricos y metodológicos*, brinda una reflexión que parte de reconocer que el concepto de identidad se ha tornado omnipresente y nebuloso. Con base en Stuart Hall, acepta que las identidades son relacionales y que se producen en la diferencia. La producción de la identidad implica

prácticas de diferenciación y marcación, un nosotros, con respecto a un otro. Es decir, identidad y alteridad, mismidad y otredad, son dos caras de la misma moneda. Identidad y diferencia son procesos constitutivos.

Otro aspecto central que recuerda Restrepo y que no se puede perder de vista, cuando se investigan las identidades, es que ellas se relacionan con el poder. No se refieren sólo a la diferencia, sino al poder y la dominación. Las desigualdades en el acceso a los recursos económicos y simbólicos, así como la dominación y sus disputas, suponen el establecimiento de diferencias de clase, de género, de generación, de lugar, raciales, étnicas y culturales, que se producen en los ensamblajes de desigual distribución y acceso a los recursos y riquezas. Como dice Hall (1996): «Las identidades emergen en el juego de modalidades específicas de poder y, por ello, son más un producto de la marcación de la diferencia y la exclusión que signo de una unidad idéntica y naturalmente constituida» (p. 4). Es decir, las identidades no sólo están ligadas a principios clasificatorios, sino también a prácticas de explotación y dominio. En los aspectos metodológicos, que son el eje de la reflexión de Restrepo, se plantea que el estudio de las identidades no puede quedar en el simplismo sociológico, de postular que son construidas, no esenciales, no inmutables e históricas. Los estudios deberían mostrar las formas específicas, las trayectorias, las tensiones y los antagonismos. Hace una recomendación que es relevante, cuando se estudian las identidades, sobre todo aquéllas que se ligan a la movilización e, incluso, a la instrumentalización de la diferencia: entender que los actores consideran sus identidades como esenciales, ancestrales e inmutables. En decir, que en el estudio de las identidades hay qué entender por qué, cómo y con qué consecuencias, ciertas identidades aparecen como primordiales o esenciales, a los ojos de los actores sociales.

Jesús Martín Barbero, un estudioso de los cambios contemporáneos en América Latina, con especial atención en el campo de las comunicaciones y de la construcción de las identidades nacionales, en uno de los capítulos más lúcidos, *Identidades tradicionales y nuevas comunidades en tiempos globales*, acepta, con base en los aportes de Stuart

Hall, que estaríamos ante una crisis de las identidades y un descentramiento del sujeto cartesiano. «El individuo ya no es lo indivisible, y cualquier unidad que se postule tiene mucho de «unidad imaginada». Es el «todo lo sólido se desvanece en el aire», de Marx, que retoma Marshall Berman. Este cambio se estaría produciendo por una globalización excluyente, que, como dice Castells (1998), ha convertido a las identidades en «trincheras de resistencia». Así, citando a Stuart Hall, Barbero está de acuerdo con que: «Un tipo nuevo de cambio estructural está fragmentando los paisajes culturales de clase, género, etnia, raza y nacionalidad, que en el pasado nos habían proporcionado sólidas localizaciones como individuos sociales. Transformaciones que están también cambiando nuestras identidades personales» (p. 82).

Barbero comparte la idea de que el desarrollo de la modernidad nos estaría llevado a una situación en la que el conocimiento, el desarrollo de la ciencia y de la técnica están poniendo en riesgo «a la sociedad toda y a toda sociedad en el planeta», lo que estaría generando «también un fuerte impacto, en el mundo interior, en la intimidad de las personas y en el ámbito de la subjetividad y la identidad» (p. 81). Es la sociedad del riesgo, de la que habla Beck (1998), y el riesgo manufacturado de Giddens (2000), que, por primera vez, en la historia de la humanidad, está poniendo en entredicho la continuidad de la vida, en el planeta.

Pero, «La marejada identitaria», es decir, las reivindicaciones, los enfrentamientos y las movilizaciones, con base en la reinención de las identidades y las nuevas luchas por el reconocimiento, han originado relaciones problemáticas, entre lo particular y lo universal. Para Barbero, en las circunstancias actuales, los particularismos puros no ofrecen salida a los conflictos culturales y políticos que vivimos. Los particularismos ofrecen salida, en la medida en que sean planteados bajo principios universales, que la minoría comparte con el resto de la comunidad.

Barbero termina este capítulo, con una reflexión que explica por qué el proyecto de construcción nacional, en los Estados-Nación latinoamericanos, erigidos sobre la ficción de una historia compartida, excluyó a los indígenas, a los negros y a las mujeres. Dice: «Allí donde el orden colectivo es precario a la

vez que idealizado como algo preconstituido ontológicamente y no construido política y cotidianamente, la pluralidad es percibida como disgregación y ruptura del orden, la diferencia es asociada a la rebelión y la heterogeneidad es sentida como fuente de contaminación y deformación de las purezas culturales»(p. 92). De allí, la ficción de una historia compartida, el simulacro de la representación, sin realidad representada, «el olvido que excluye y la representación que mutila» que están en las narraciones y los mitos de origen de la nación. Este lúcido capítulo de Martín Barbero es de especial valor, para los científicos sociales, filósofos y humanistas interesados en el estudio de los problemas contemporáneos, asociados con la construcción y reinención de las identidades.

Por su parte, León Olivé, un analista de las identidades y del multiculturalismo, en América Latina, pero con especial referencia al caso mexicano, en un capítulo que tiene un extenso título: *Pluralismo, identidad e interculturalidad en el mundo globalizado y en las sociedades del conocimiento*, recuerda que el siglo XX fue uno de los más violentos, y que la misma experiencia se comienza a vivir al comenzar el XXI. La globalización y las transformaciones tecnológicas, como la instantaneidad de la información y los flujos financieros, han traído más violencia y más exclusión. De esta forma, algunos Estados han expropiado a otros, pero las diferencias de cultura, de religión y las formas de vida son, así mismo, una fuente de conflicto. La globalización ha producido exclusión, ya no sólo en los países ricos, sino en los llamados países del tercer mundo.

Olivé hace una pregunta compleja, de tipo político, que es el mismo interrogante que se hacía Marx, en el siglo XIX: si los científicos sociales y los humanistas tienen sólo que observar el triunfo de los poderosos, o si pueden hacer algo, y si todavía se puede aspirar a formas de convivencia, entre los pueblos, que sean racionales, armoniosas y cooperativas. El autor sostiene que es necesaria una normatividad jurídica, que impida las prácticas discriminatorias, lo que no sería posible, sin la educación. Propone, entonces, un modelo de relaciones interculturales justas, que sirva para diseñar políticas, y que permita disminuir

las desigualdades. Para él, ese modelo debe tener dos características:

En las sociedades multiculturales, donde hay desigualdades, deben ponerse en práctica mecanismos de asignación diferencial de recursos, a favor de los pueblos y de los grupos culturales que han estado en desventaja, por largos periodos. Es el planteamiento de Nancy Fraser (1998), acerca de que no basta con el reconocimiento, sino que también es necesaria la redistribución. Por otra parte, los derechos económicos de los pueblos y el disfrute de las condiciones adecuadas se fundamentan en el mismo principio de justicia social.

Para la construcción de una sociedad justa, que respete las diferencias, es necesario superar dos posiciones extremas. Por un lado, el absolutismo, porque sostiene que hay una sola y legítima forma de entender el mundo, una manera única y válida de producir conocimiento, y un único criterio de evaluación epistémica. Él legitima, regularmente, con la fuerza de la verdad, las posiciones de los grupos dominantes. Por otro, el relativismo extremo, porque plantea que no existen criterios que permitan hacer una evaluación racional comparativa, entre diferentes pretensiones de saber o entre diferentes conjuntos de valores y normas morales. Para el relativismo, cualquier punto de vista es bueno, y nunca es posible establecer críticas racionales de otras concepciones, en cuestión de conocimiento. Para Olivé, la concepción alternativa de estas visiones extremas es el pluralismo, en ética y en epistemología. Propone un decálogo, para construir una sociedad intercultural más justa.

Por su parte, Mariángela Rodríguez, en el capítulo sexto, que titula, *Traslocalidad, globalización y la cuestión de la identidad*, ofrece una aproximación a las identidades, que se ubica, como el capítulo de Martín Barbero, en los cambios contemporáneos que el capitalismo global está produciendo, en las identidades. Parte de las tesis planteadas por David Harvey (1998), en su ya conocido libro, *La condición de la posmodernidad*, para analizar el fenómeno de la construcción de identidades, en las actuales condiciones de globalización y del capitalismo flexible, han producido las olas migratorias más importantes, en la historia de la humanidad.

Rodríguez plantea que el capitalismo, para salir de la crisis, transforma las rigideces del fordismo, en un capitalismo flexible. Esto implica fragmentar el proceso productivo. Para coordinar la producción, diseminada por todo el planeta, en diferentes localidades y en zonas de desregulación laboral y bajos costos de la fuerza de trabajo, desarrolla sistemas de comunicación, que derriban las barreras del espacio, por el tiempo. Es lo que Harvey define como la compresión espacio-temporal, la aniquilación del espacio, por el tiempo.

La globalización, que es económica y cultural, estaría produciendo una cultura global, mediante nuevos fenómenos que rebasan el Estado-Nación. Ella no significa sólo «deslocalización», sino también «relocalización». La «desterritorialización» cultural también genera «reterritorialización» o «translocalización» de los fenómenos culturales, tales como las identidades diferencias que se generan en el proceso migratorio de los mexicanos, a los Estados Unidos. La globalización estaría formando comunidades transnacionales que recrean sus identidades en espacios apropiados, muchas veces simbólicos, lo que genera comunidades imaginadas, en el sentido de Benedict Anderson (1993), y una gran cantidad de metáforas e identidades culturales.

Por otra parte, la autora se apoya en el conocido concepto de Stuart Hall (1990), de identidad en diáspora, categoría útil para comprender la cultura que se genera por los grandes desplazamientos de población, los fenómenos de translocalización y creación cultural, en nuevos contextos geográficos.

Para comprender la situación de los mexicanos, en los Estados Unidos, usa esta categoría y sostiene que hay procesos de «retradionalización», que tienen lugar en las «glocalidades», a partir de prácticas que pueden ser hegemónicas o contra-hegemónicas. Los sectores dominados apelan a la tradición, o seleccionan aspectos culturales, entre los ya existentes. Desde esta perspectiva, la tradición es un elemento vivo, dinámico, en contraste con una visión inerte y museográfica.

Finalmente, mediante el estudio de los mexicanos, en los Estados Unidos, Rodríguez muestra las ventajas y desventajas de la diáspora. Son negativos, por la exclusión y el racismo, el bajo salario y, en

general, las condiciones adversas. Al lado de estas circunstancias, está lo positivo: el desarrollo de una conciencia global, la construcción de una mayor reflexividad, entendida como la capacidad que desarrollan los sujetos para evaluar la sociedad y su lugar en el mundo. Estos procesos están precedidos por un mayor acceso a la información y una extraordinaria movilidad, lo que permite a sujetos de distintas categorías sociales, la posibilidad de comparar y analizar sus condiciones de existencia. Los conjuntos sociales, al entrar en contacto, se sensibilizan frente a otras luchas, como la de los derechos humanos, y crean conciencia de una ciudadanía que antes no tenía en los límites estrechos del Estado- Nación.

Gabriela Castellanos, en su capítulo, *Las identidades de género como fantasías discursivas*, uno de los más reflexivos y seductores, se adentra en los problemas de la construcción de las identidades sexuales y de género, desde una perspectiva lingüística que, desde el llamado giro lingüístico, ha sido tan fructífera en la comprensión de las lógicas, a través de las cuales se construyen y reconstruyen las identidades. Como en buena parte de lo que ha escrito en los últimos años, Gabriela se apoya en autoras que son transcendentales, en el debate feminista: Judith Butler y Joan Scott.

Castellanos parte del planteamiento, también con base en Stuart Hall, de que ha habido una verdadera explosión en las Ciencias Sociales, en torno al concepto de identidad, al tiempo que se le somete a una crítica penetrante. Cuando comienza el escrito, se pregunta, en relación con una reciente telenovela colombiana, a qué género pertenece Laisa Reyes, quien se refiere a sí misma, en femenino, y espera que otras personas hagan lo mismo. Su apariencia es femenina y su deseo sexual se orienta hacia los hombres. Sin embargo, sus genitales son masculinos y desea conservarlos. Ella pertenece a los llamados «travestis» colombianos, que se diferencian de los «*drag queens*» estadounidenses y europeos, en un aspecto fundamental: mientras que los *drag queens* se describen como «mujeres atrapadas en un cuerpo de varón», y anhelan cambiar su pene, por una vagina, los travestis colombianos afirman que no optarían por un cambio quirúrgico de sexo, ya que una operación de este tipo les restaría atractivo sexual, entre sus

parejas. Castellanos se pregunta si estas personas constituyen un género diferente de los hombres y las mujeres, o es una orientación sexual. La pregunta se resuelve diciendo que es un problema de género, pero también de orientación sexual.

A partir de esta pregunta, se adentra en los problemas de la construcción de las identidades sexuales y de género, desde una perspectiva lingüística. Resalta aquella premisa, que se vuelve fundamental desde Foucault, de que las identidades son construidas dentro del discurso, nunca fuera de él. Es decir, que se trata de reconocer el papel del discurso, en la construcción de cada identidad.

Posteriormente, con base en Butler, Castellanos sostiene que esta autora cuestiona la categoría misma de mujer, partiendo de los planteamientos de Foucault, sobre la construcción histórica de categorías y discursos. Así, al introducir la distinción entre sexo y género, se advierte que la formación y desarrollo cultural del sentido de la diferencia sexual, en cada cultura, ya cuestiona la supuesta universalidad de la naturaleza femenina. Al principio, la definición de género asignó lo biológico, universal e invariable, al sexo; y lo contingente, particular y variable al género. Entonces, de acuerdo con Butler (1990), lo que se considera biológico, la forma como se entiende lo anatómico y lo fisiológico, son en sí construcciones culturales. De acuerdo con Butler (1990), citada por Castellanos:

No debe concebirse el género como la mera inscripción cultural de significado sobre un sexo preestablecido (un concepto jurídico); el género debe también designar el mismo aparato de producción por medio del cual se establecen los sexos. Como resultado, el género no es a la cultura como el sexo es la naturaleza; el género es también el medio discursivo/cultural por medio del cual se produce una «naturaleza sexuada» o un «sexo natural» y se establece el uno o el otro como prediscursivo, o previo a la cultura, como una superficie políticamente neutra sobre la cual actúa la cultura (p. 147).

Es decir, el género produce el sexo. Butler está de acuerdo con Foucault (1998) en la *Historia de la sexualidad*, en la que sostiene que el sexo se construye históricamente. A partir de este análisis, se

puede prescindir de las sustancias «hombre» y «mujer», y de que sus rasgos son atributos de una naturaleza invariable. El género desaparece como sustancia, y se plantea como producto de una evolución histórica.

En este contexto, Castellanos establece una crítica a sociólogos, como Bourdieu, que desconocerían la intervención del sujeto, en la construcción de la identidad de género y de la sexualidad. Así, dice que Bourdieu, en *La dominación masculina*, sostiene que la construcción simbólica del cuerpo biológico, de hombres y mujeres, produce unos hábitos sistemáticamente diferenciados y diferenciadores. Por lo tanto, es la formación de un inconsciente que es una «huella incorporada de una historia colectiva y de una historia individual que impone a todos los agentes, hombres o mujeres, un sistema de presupuestos imperativos (p. 150). Frente a esta postura, Castellanos señala que no se tiene en cuenta la subjetividad y, más específicamente, el deseo. Con esta posición, no se permitiría comprender por qué, en algunos casos, no se producen los efectos que se esperaban; por qué, en algunos individuos, no se logra la masculinización del cuerpo masculino, y la feminización del cuerpo femenino. La respuesta a este interrogante la encuentra Castellanos, en los estudios de Butler, que responden a este viejo interrogante. Ella desecha la conocida explicación freudiana del complejo de Edipo. Sostiene que la imposición de la masculinidad, para los varones, y de la feminidad, para las mujeres, se logra, ya no por la castración, sino mediante otras amenazas, relacionadas con las fobias contra la homosexualidad. Estas amenazas son las de caer en el destino abyecto de ser «marica» o ser «arepera». Ya que si un hombre no asume la posición simbólica de «tener» falo, y si se siente incapaz de hacerlo, debido a su deseo, lo mismo para la mujer, el castigo para ambos será la homosexualidad.

Sin embargo, dice Castellanos, para concluir, que:

No debe pensarse [...] que si un hombre o una mujer asumen atributos o estilos reconocibles masculinos o femeninos necesariamente habrán escapado a la homosexualidad. Por el contrario, siguen existiendo la mujer lesbiana femenina y el varón gay muy masculino, cuya mera existencia se

constituye en un desafío contra las presunciones de heterosexualidad (p. 153).

En el capítulo, *Identidad escindida y realidad psíquica en «Axolotl», de Julio Cortázar*, María Antonieta Gómez Goyeneche estudia, desde una perspectiva literaria y psicoanalítica, el problema de las identidades escindidas. Aquellas complejas situaciones que se presentan en la literatura, pero también en la vida real, de identidades fracturadas en las que se produce una separación radical, entre la psiquis y el cuerpo. Es lo que acontece en *La Metamorfosis* de Kafka: «Cuando Gregorio Sansa se despertó una mañana, después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto».

Gómez Goyeneche plantea su problema de análisis, en los siguientes términos:

Hay precisamente perturbaciones psíquicas de la identidad que la socavan, en donde un sujeto de manera relacional no percibe a otros, o a sí mismo, como siendo «él mismo consigo mismo lo mismo»; esto es, como una unidad en sí, para sí y para los otros. Sino que se experimenta o experimenta la identidad de otra persona en particular, de manera escindida e irreconciliablemente dicotómica entre opuestos, apelando a una fabulación metamórfica, como transmutación no sólo psíquica sino también física de su imagen» (p. 166).

Estas complejas situaciones psíquicas las analiza, en la obra *Axolotl*, de Cortázar, en la que un hombre, que se encuentra en París, va de visita a un acuario y termina convertido en un *axolotl*, una especie de pez que fue muy conocido en el mundo prehispánico y que, en lengua náhuatl, significa monstruo acuático. Tales situaciones se remiten a la psicopatología esquizoide, es decir, a una psiquis que se experimenta fuera del cuerpo, que tiene la sensación de residir fuera de sí o de encarnarse en otro ser. Por lo tanto, partiendo del principio de que las identidades son relacionales, Gómez Goyeneche no se preocupa por la construcción de las identidades colectivas, o por los actores que instrumentalizan la identidad, para participar en el juego político, sino que se adentra en los laberintos de la psiquis, en el mundo del esquizoide, en el que se produce una profunda fractura entre la

mente y el cuerpo, en el que se pierde el principio de realidad, y la identidad se vivencia escindida en opuestos dicotómicos irreconciliables. En consecuencia, Gómez Goyeneche muestra que, incluso, en la identidad personal, ésta no puede ser concebida como unitaria, homogénea y sin fracturas, sino todo lo contrario, lo que constituye una visión diametralmente opuesta a la del sujeto unitario cartesiano.

Alba Nubia Rodríguez y Julio César Rubio, autores del capítulo once, que lleva por nombre *Construcción de identidades colectivas en el análisis de la confrontaciones políticas*, tratan un tema poco explorado en Colombia, a pesar de lo largo del conflicto interno: las organizaciones clandestinas y la construcción de identidades, en el proceso de incorporación y militancia en estas organizaciones. Sin embargo, el análisis no deja claro a qué organizaciones clandestinas de los actores armados se refiere. Es difícil no hacer dicha distinción, porque la incorporación de los militantes a las organizaciones tiene que ver con el carácter de la guerrilla. Haber empleado una tipología, como la de Eduardo Pizarro (1994) entre guerrilla partisana, societal y militar, hubiese sido de mucha ayuda. Las estrategias de incorporación a la que se refieren los autores, están más relacionadas con guerrillas societales. Para Rodríguez y Rubio, a estas organizaciones clandestinas se vinculan estudiantes o individuos que hacen parte de redes urbanas, y menos milicianos, que es el caso de la Farc. Si el estudio se hubiese centrado, en una organización guerrillera como las Farc, entonces, la vinculación de milicianos y combatientes sería lo más importante, y, por lo tanto, las estrategias de construcción de la identidad colectiva y de la vinculación a la organización serían relevantes. Se decantaría, entonces, al lado de una convicción de orden ideológico, de la construcción de una sociedad y un hombre nuevos; el uso de las estrategias de imposición y amenaza, para hacer parte de la organización, incluso, el terror.

Es muy conocido que, en sociedades campesinas de control histórico de las Farc, este actor armado les exige a las familias contribuir con uno de sus hijos, para la organización. Aquí se usan la dominación y el poder, como estrategias. Hubiese sido importante explorar cómo, en el proceso de construcción de

identidades en las organizaciones clandestinas, se conjugan la esperanza y la solidaridad internas, con el odio de clase hacia el Estado y las élites económicas y políticas. En la construcción del odio de clase, los eventos pasados, que hacen parte de la memoria colectiva del grupo, son muy importantes.

Finalmente, Delfín Grueso, coeditor del libro, en el capítulo final, *identidades étnicas, justicia y política transformativa*, en forma lúcida, parte de una pregunta que se relaciona con las reivindicaciones de actores sociales étnicos:

¿Cómo pueden ciertos sectores sociales, articulados en torno a identidades colectivas, potenciar sus esfuerzos a través de alianzas estratégicas para, conjuntamente, remover prácticas, estereotipos y estructuras (basadas en el machismo, la homofobia, el racismo o el etnocentrismo), que los mantienen en una situación de subordinación?

Grueso sostiene que la Constitución de 1991 dio una apertura hacia las identidades colectivas. Ejemplo de ello son los artículos que establecen derechos para los llamados grupos étnicos, y sentencias de la Corte Constitucional que son favorables a la equidad del género, los que protegen a las mujeres de la violencia familiar y dan mayor visibilidad a las poblaciones del LGTB (Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales). Para el autor, el proceso de etnización se fortalece, durante la primera década posterior a la expedición de la Constitución. Sectores diferenciados étnica, racial y culturalmente entienden que la mejor forma de luchar, en contra de las injusticias, no es a través de una identificación de clase, sino reinterpretándose, como etnia. Es el caso de diferentes pueblos indígenas y de las hoy llamadas comunidades negras. Esto ha generado un proceso de reindigenización o de reinención de las identidades indígenas. Un proceso que ha implicado la transformación de una identidad negativa, en una identidad positiva. Una muestra de ello es la resurrección de los Kanjuamos, en la Sierra Nevada de Santa Marta, y de los Yanaconas, en el sur del país.

El proceso de reindigenización de los pueblos nativos es el que explica que el pasado Censo nacional haya arrojado que el 3,5% de la población colombiana son indígenas, cuando antes ni siquiera era el uno por ciento. La reinención de la etnicidad,

en la lucha política, ha sido exitosa, porque una población que escasamente llega al 3%, controla el 25% del territorio nacional. Es muy importante, en este capítulo, la reflexión sobre los límites de la política étnica. Uno de ellos es la esencialización de la identidad y la lealtad al origen, lo que genera el desprecio de lo histórico, o «elevar la autorepresentación etnicista al criterio decisivo para saber a quiénes se reivindica» (Grueso, 2009, p. 296). Este criterio deja por fuera a las poblaciones indígenas que se asientan en las grandes ciudades, o las poblaciones negras que no están en los territorios colectivos ancestrales.

Otra limitante sería la incapacidad de muchos actores étnicos, para comprender los problemas de injusticia que afectan a otras identidades colectivas, especialmente las de género y orientación sexual. Yo añadiría que esto se presenta, ciertamente, entre colectivos étnicos, pero que está antecedido del desconocimiento de que la identidad de clase hacía que cualquier reivindicación que no se articulara en torno a la clase, era señalada de racista, en el caso de las poblaciones indígenas y negras, o pequeño burguesas, en el caso de las identidades de género.

Observaciones

El eje transversal del libro es la identidad que se desagrega en sus diferentes tipos: étnica, de género, sexual, racial, cultural y nacional. Los diferentes autores, que se inscriben, sin excepción, en una perspectiva constructivista y anti esencialista de la identidad, están de acuerdo con que toda identidad es un constructo social, que, por lo tanto, es relacional, que se produce en un juego de diferencias insertas en relaciones de poder y dentro del discurso, nunca fuera de éste. Sin embargo, a pesar de que, a través de los 12 capítulos del libro, se rastrean casi todos los desarrollos modernos y postmodernos sobre la identidad, se dejan de lado algunos aspectos o se les da poca atención.

En primer lugar, si la categoría de identidad se ha tornado crucial y omnipresente, en las Ciencias Sociales y en las Humanidades, es porque se ha presentado una especie de giro copernicano, acerca de la clase de identidad. En efecto, la categoría de

clase, que había copado el análisis del conflicto, de la interacción y del cambio, en las Ciencias Sociales y en las Humanidades, ha sido destronada como categoría analítica, pues, su lugar ha sido ocupado por la identidad.

En segundo lugar, desde mucho antes, como lo muestran varios de los autores, el tema de la identidad ha sido pensado en Occidente, desde la visión esencialista de Aristóteles, hasta la más relacional de Freud, acerca de que el yo se construye en la interacción con los otros significantes. Uno de los giros centrales, asociados con el tema de la identidad, es que se pasa de lo individual a lo colectivo. Mientras que antes de los años setenta, los problemas de la identidad se asociaban con la idea de cómo las interacciones moldeaban al individuo, toda la teoría de la socialización trata de resolver este problema. La teoría Durkheimiana, acerca de la norma y de la idea de que el grupo se impone sobre el individuo, es un ejemplo de ello; pero a partir de los sesenta, el énfasis se hace en lo colectivo.

Lo anterior fue influenciado por el cambio que se produjo en la política. Es la hipótesis de Arrighi (1999), Wallerstein (1985, 2005) y Touraine (1997) de que si antes la economía era política, a partir de los sesenta, la cultura se vuelve política, lo que trae aparejado el aspecto colectivo de la identidad. En efecto, la cultura, inseparable de la identidad, al volverse política, arrastra la identidad colectiva a la política, y se torna crucial, en las Ciencias Sociales y en las Humanidades. Es decir, los estudios de la identidad se han volcado hacia lo colectivo, hacia el estudio de las consecuencias políticas que resultan de las definiciones colectivas.

En tercer lugar, contrario a la promesa de la

modernidad, en el mundo contemporáneo, la religión está jugando un papel fundamental y, de nuevo, está en el escenario de la política internacional, lo que a la luz de una modernidad triunfante parecería una anomalía. La globalización, con su impresionante ola migratoria, ha producido el retorno de lo religioso a la escena pública. En el mundo islámico, se está presentando una impresionante revitalización de la sociedad, a partir de la religión. En ese mundo, lo religioso está proveyendo los recursos simbólicos, en la construcción de las identidades colectivas, que se convierten en trincheras que se oponen y se resisten a los efectos de la globalización. Aunque no es este el tema de nuestra sociedad nacional, en el mundo globalizado, el conflicto político está cada vez más atravesado por las identidades religiosas. En el libro, con la excepción de un pequeño comentario que hace Jesús Martín Barbero, no se reflexiona sobre esta temática.

Invitación a leer el libro

En esta época de los cursos de lectura rápida, para el hombre que está de prisa; del mundo de lo desechable; de la historia de la humanidad, en veinte páginas, en la que no se cumple el aforismo de Cervantes, quien, en el prólogo de *El Quijote*, al decir: «desocupado lector», nos recuerda que la lectura de esta obra requiere de un lector con tiempo, parecería que no es el momento, para leer un libro como éste. Él exige lectores sin prisa, que puedan «rumiar» cada una de las reflexiones que se desarrollan, sobre el campo de las identidades.

En su bello texto sobre el libro, Borges diferencia entre los libros que se leen, y los que merecen ser releídos. Este es uno que merece ser leído y releído.

Referencias bibliográficas

- ANDERSON, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ARRIGHI, G. (1999). *El largo siglo XX*. Madrid: Akal-Cuestiones de Antagonismo.
- BECK, U. (1998). *La sociedad del riesgo: Hacia una modernidad*. Barcelona: Paidós.
- BUTLER, J. (1990). *Gender trouble. Feminism and the subversion of identity*. New York: Routledge.
- CASTELLS, M. (1998). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. II: El poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- FOUCAULT, M. (1977). *La historia de la sexualidad*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- FRASER, N. (1998). Redistribución y reconocimiento. En *Ilustitia Interrupta. Relexiones críticas desde la posición postsocialista* (págs. 17-52). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- GIDDENS, A. (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- HALL, S. (1990). Cultural identity and diaspora. En J. Rutherford (Ed), *Identity: Community, culture, difference* (págs. 222-237). London: Lawrence & Wishart.
- HALL, S. (1992). The question of cultural identity. En D. Hall, D. Held, & T. McGrew (Eds), *Modernity and its futures* (págs. 273-325). Cambridge: Cambridge Polity Press.
- HALL, S. (1996). Who needs identity. En S. Hall, & P. Gay (Eds), *Questions of cultural identity* (págs. 1-17). London: SAGE.
- HARVEY, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigaciones sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorroutu Editores.
- PIZARRO, E. (1994). *El movimiento insurgente en Colombia, raíces y perspectivas*. San Diego: Center for Iberian and Latin American Studies. University of California.
- TOURAINÉ, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes. La discusión pendiente: El destino del hombre en la aldea global*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- WALLERSTEIN, I. (1985). *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos: Una análisis de sistemas-mundo*. Madrid: Akal-Cuestiones de Antagonismo.
- WALLERSTEIN, I. (2005). *World-system analysis. An introduction*. Durham: Duke University Press.